



Circuit Estable de **Cinema Català**

CRÍTQUES DELS MITJANS DE COMUNICACIÓ DE LA PEL·LÍCULA "LITUS"

Beatriz Martínez - El Periódico

'Litus': exorcismo generacional

Un cóctel envenenado interpretado por un estupendo elenco actoral que nos lleva desde el humor negro, el patetismo y la tragedia íntima.

Una reunión de amigos que se separaron a raíz de la pérdida de uno de ellos. Unas cartas que dejó escritas el fallecido para ellos y la ocasión para quitarse la máscara de las apariencias y decirse las verdades a la cara. 'Litus' está basada en la obra teatral de Marta Buchaca y es una de esas películas que aparentemente no van de nada y terminan radiografiando de manera bastante certera el estado emocional de toda una generación. Inmadurez, toxicidad e incapacidad para expresar los sentimientos. Un cóctel envenenado interpretado por un estupendo elenco actoral que nos lleva desde el humor negro, el patetismo y la tragedia íntima.

Beatriz Martínez - Fotogramas

Para los amantes de las películas generacionales sobre la amistad.

Tras *El pregón* y *El mejor verano de mi vida*, ya quedó clara la versatilidad de Dani de la Orden a la hora de acercarse a la comedia comercial. Puede que sus mecanismos fueran un tanto ramplones y las fórmulas demasiado prefabricadas, pero en todo caso resultaron efectivas a la hora de conectar con la audiencia. Sin embargo, no dejaban de ser productos impersonales, en los que no se podía adivinar quién era el director que se escondía detrás de las imágenes, cuáles eran sus inquietudes o intereses.

Ahora, De la Orden parece abrir un nuevo camino dentro de su trayectoria gracias a la traslación a la pantalla de la obra teatral de Marta Buchaca que se centra en el reencuentro de seis amigos tras la pérdida de uno de los miembros de la pandilla. En ella se aprecia una sensibilidad diferente, una manera mucho más cercana a la hora de aproximarse a los personajes y a sus conflictos, en definitiva, una mirada generacional bastante limpia y auténtica. El film sigue a rajatabla las reglas de las películas de amigos que se reúnen tras mucho tiempo para sacar las miserias a relucir.

Lo hace casi con orgullo, demostrando que los patrones clásicos siguen dando buenos resultados, sobre todo si se tiene a los actores adecuados y el suficiente pulso tras la cámara para manejar cada uno de los elementos que conforman este juego de máscaras en el que terminamos por acceder a los secretos, las mentiras y la culpa que esconde cada uno de los personajes. El director encierra a sus seis intérpretes (todos magníficos) en un apartamento con un personaje ausente, el de Litus, que se convierte en el centro de la función. Por el ambiente pululan temas como las diferentes formas de afrontar el duelo (como condena, como alivio, como autoflagelación), la incapacidad para aceptar las responsabilidades, la inmadurez masculina o la torpeza emocional.

Una terapia colectiva sobre la forma en la que se enfrentan a la vida los miembros de una generación, la de los treintañeros, que sigue plasmándose cinematográficamente (recordemos *Las distancias*) a través de su desubicación vital. A Dani de la Orden le falta pulir su tendencia al subrayado, modular la intensidad impostada, pero en Litus se encuentra más cerca de aquello que quiere contar, y eso en este caso, se nota.

Oti Rodríguez Marchante - ABC

Crítica de «Litus»: Los amigos del muerto

Siempre resulta complicado entrar a una pieza teatral y salir de ella con una película, y es lo que hace Dani de la Orden con «Litus», obra escrita por Marta Buchaca, quien también ha participado en el guion.

La procedencia escénica de la historia es obvia y se aprecia en que transcurre en un único espacio, un salón en el que se reencuentran un grupo de amigos tras el suicidio de uno de ellos, Litus, convocados allí por el hermano. La estructura se adecúa a la lógica dramática, con la presentación de los personajes y el cauteloso ir revelando secretos y relaciones entre ellos forzadas por la entrega de una cartas personales que les dirigió antes de morir.

Terapia de grupo en la que se lía y deslía la personalidad de los personajes y se modela la del ausente. El texto es ingenioso, divertido, trágico, pedante, propone intriga y reflexiones (de salón, precisamente) sobre la amistad, el amor, la juventud, la fidelidad y otras asperezas de la vida. Y también es fresco, gracias al puñado de interpretaciones también con fuerte olor a madera y tablas, y matizadas por la propia personalidad de los personajes, desde la ligereza a la severidad.

Quim Gutiérrez, en el papel del hermano, lleva el guion y la trama en su dorsal, aunque todos los actores tienen sus momentos estelares en la coreografía. Dani de la Orden, un director diverso (de «El pregón» a «Noche de invierno») está atento a la eficacia del primer plano y al equilibrio entre lo trágico y lo cómico. Le falta un segundo aire, quizá oxígeno, para llegar a «Los amigos de Peter».

Alberto Luchini - El Mundo

Litus: millennials desnortados

Nacido en la década de los 80, el director barcelonés Dani de la Orden es millennial por los cuatro costados. Así que está perfectamente legitimado para dibujar este retrato nada complaciente de esa generación, a través de los seis personajes que se reúnen tres meses después del suicidio del *Litus* del título para recibir la supuesta herencia que les ha dejado. Lo que debía ser un encuentro para recordar y homenajear al difunto va degenerando poco a poco hasta convertirse en una sucesión de revelaciones inesperadas, de reproches mutuos, de acusaciones más o menos fundadas o infundadas y, en resumen, en un aquelarre de las frustraciones, los miedos, los rencores y las decepciones que acumulan todos los desnortados protagonistas... que son los propios de la generación a la que pertenecen.

Con un solo escenario y el peso específico de la narración recayendo sobre los diálogos, es más que evidente el origen teatral (se basa en la obra homónima de Marta Buchaca) de la película, pero la planificación de *De la Orden*, dinámica y con cierta querencia a los primeros planos, como si la cámara quisiera introducirse dentro de los propios personajes para intentar entenderlos, consigue en muchos momentos que eso no sea un lastre. Lo que sí es un cierto lastre es la disparidad de las interpretaciones: no todos los actores rayan a la misma altura y, peor, no todos están en el mismo registro, como si no acabaran de tener muy claro si se deben mover por los terrenos de la comedia o por los del drama.

Javier Ocaña - El País

La catarsis de una pandilla

“Como en *Los amigos de Peter*”, dice uno de los personajes en un momento de la película. Las referencias obvias siempre es mejor reconocerlas, y así se hace en *Litus* en una suerte de metalenguaje que queda redondeado con el diálogo posterior: una discusión sobre si el protagonista de aquella obra de Kenneth Branagh estaba muerto o se iba a morir, fundiendo de este modo las dos grandes bases del relato; no solo *Los amigos de Peter* sino también la primigenia *Reencuentro*, de Lawrence Kasdan, donde la excusa para la reunión de seres queridos y el posterior lavado en común de trapos sucios sí que era un recién fallecido.

A fuerza de reiteración, tanto en la gran pantalla como en las tablas, la fórmula de la obra de teatro de Marta Buchaca en la que se basa *Litus* puede parecer gastada, y seguramente lo está. Sin embargo, si el material interno está bien desarrollado nunca carece de interés porque los elementos en los que se asienta son imperecederos, complejísimos, universales y de enorme fuerza dramática: las esquirlas de la amistad y del amor; el tratamiento del duelo de un ser querido, fallecido a una edad imposible de comprender; la catarsis emocional que provoca la muerte, y en el caso concreto de la pieza teatral de Buchaca, encargada también de la adaptación al cine, las incomprensibles razones que llevan a un joven treintañero a acabar con su vida.

“No puedo vivir aquí”, escribe en su despedida el protagonista ausente que ha decidido tirar la toalla. ¿Aquí? ¿Qué hay de terrible en el aquí y el ahora desahogado de un hombre joven para acabar aposta en un ataúd? La vida puede doler, y a veces ni siquiera hay razones. Y Buchaca lo despliega a través de una construcción dramática que bien podría ser un débil castillo de naipes a punto de derrumbarse al primer soplo: una serie de cartas de despedida para sus mejores amigos y para su hermano, que deben ser entregadas y leídas durante la reunión que ocupa la película. Sin embargo, la aparentemente forzada premisa se desarrolla con convicción y, lo mejor, da pie para una interesante visión del suicidio.

Bien ajustada en su metraje y con notables interpretaciones, *Litus* puede sonar a ya vista y oída, y con mayor altura, lo que no deja de ser cierto, pero el nivel medio en todos sus apartados es apreciable, y viene acompañada de una puesta en escena clásica, sin alharacas ni detalles de estilo que enturbien el texto, obra de Dani de la Orden (*Barcelona, noche de verano, El mejor verano de mi vida*), una vez más perfecto en la visualización de un material de encargo, engrandeciendo el conjunto con una cámara que sabe moverse, y posarse, justo donde hay que hacerlo. Y ahí el momento del brillante monólogo de Quim Gutiérrez ejerce de paradigma de esta purga sentimental en comunidad.

Carmen López Lobo - La Razón

<<Litus>>: Salud, compañero suicida

Ya lo advierte un personaje en la nueva película realizada por Daniel de la Orden: esta reunión que hacemos es como lo que pasaba en «Los amigos de Peter», ¿no? Bueno, aunque salvando un pequeño detalle, que el protagonista de la película de Kenneth Branagh estaba todavía vivo, responde otro. En cierta medida, sin embargo, también «Las invasiones bárbaras» (Denys Arcand, 2003), aunque más pesimista, profunda e irónica que ésta, alienta a «Litus», el nombre de un treinteañero que decide suicidarse para dolor y sorpresa de cuantos le rodeaban. Porque Litus era, parecía, un ganador, un tipo sospechamos que guapo, y también carismático, de los que salen victoriosos hasta cuando pierden. Tres meses después de su desaparición, el hermano del fallecido convoca a las personas que más quiso y le quisieron para entregarles la herencia que les dejó, una carta a cada uno de ellos. Pablo, el mayor confidente de Litus; Laia, la ex novia del difunto; Marcos, que padece una tremenda e histriónica depresión por aquello, esto y lo otro (una pareja que le acaba de confesar que le es infiel) y su propia ex, que le anuncia, por cierto, que va a casarse forman el grupo y lloran la ausencia de Litus de muy distintas maneras. Pasando de alcohol, y con una mesa atestada de patatas fritas y ganchitos: así, de una forma tan infantiloides (lo que no resulta baladí, porque en el fondo la generación que refleja De la Orden continúa muy perdida y costándole la vida madurar, adquirir responsabilidades, amar de una vez en serio) decide Pablo «celebrar» el aniversario mientras las misivas descubren asuntos y secretos del pasado que los confunde y dan la impresión de que Litus no era lo que parecía. Adaptación de una obra teatral creada por Marta Buchaca (de hecho, el filme transcurre casi íntegramente en un solo escenario), el realizador utiliza numerosos primeros planos para «sentarnos» también en ese salón lleno de acusaciones y mal rollo, para sentir como propia la pérdida, o la rabia, o la nostalgia por tiempos mejores aunque no todo fuera cierto entonces y ahora; para que entendamos, en fin, los motivos y razones de este puñado de hombres y mujeres que prefieren pensar que todavía tienen una salida. Lástima que ni los actores (cuyas interpretaciones resultan en cuanto calidad muy dispares) ni el propio De la Orden sepan bien si lo que están narrando es un drama o una tragicomedia, aunque, quién sabe, quizá esa sea la tragedia de nuestros tiempos «millennials».

Lo mejor: Un desquiciado, muy divertido Adrián Lastra que encarna a un joven totalmente inmaduro y perdido en el mundo.

Lo peor: Pues, paradójicamente, que algunos actores parecen dudar si están dentro de una comedia o protagonizan un dramón.

Fernando Gil-Delgado - FilaSiete

Litus | Retrato de una generación

Litus, hombre joven, lleno de encanto, de talento, y alma de un buen grupo de amigos, se suicida. La película cuenta una reunión que tuvo lugar unos meses después, convocada por el hermano de *Litus* quien, siguiendo instrucciones, dará a cada uno de ellos una carta de despedida del finado. Este encuentro, que comienza como una fiesta entre amigos, se complicará, les llevará a enfrentarse, a sincerarse, a afrontar el duelo, a replantear su relación entre ellos, hacer las paces y plantar cara al futuro de una vez.

Litus se basa en la obra de teatro homónima de Marta Buchaca, aunque el guion final incorpora ideas, personajes y situaciones que son del director. Dani de la Orden (*El mejor verano de mi vida*) ha realizado la que considera su obra más personal, primando el retrato de una generación por encima de los enfrentamientos entre los diversos protagonistas.

El resultado es interesante; la obra original y sus modelos -hay miles-, desde *10 negritos* y *La cena de los condenados* hasta *Los amigos de Peter* -citada expresamente a lo largo de la tarde-, siempre funciona: reunión inesperada, mensaje de ultratumba, secretos que saldrán a la luz, etc. Además, el reparto es excelente y está en plena forma.

Queda el tratamiento del tema; Dani de la Orden se ha propuesto exponer la dificultad que tiene su generación para mostrar sus sentimientos, y su tremenda inmadurez. Propósito loable, queda por ver si lo ha conseguido. En el caso presente preguntar es responder: partimos de una obra de teatro y los actores son grandes, y hablan mucho pero hacen poco. Son convincentes pero les creemos porque nos lo cuentan, salvo Adrián Lastra, grande en su infantilismo. Con todo, se trata de una obra que funciona bastante bien, es agradable y -si bien no resuelve- señala el gran problema de la inmadurez de buena parte de su generación, que no es poco.

Beatriz Martínez - Fotogramas

“Litus”: Psicodrama generacional

Dani de la Orden adapta la obra de teatro de Marta Buchaca con un reparto encabezado por Álex García, Belén Cuesta, Quim Gutiérrez y Adrián Lastra.

De qué va. *Litus* se suicidó inexplicablemente unos meses atrás. Ahora su pandilla de mejores amigos se reúne no solo para recordarlo, sino también para ajustar cuentas con el pasado, con sus recuerdos y para aprender a gestionar el vacío que la pérdida ha dejado en cada uno de ellos.

Y qué tal. Dani de la Orden regresa al retrato generacional después de sus primeras películas, de carácter más romántico, en esta ocasión para adaptar la obra teatral de la dramaturga Marta Buchaca que gira en torno a la pérdida. Un único espacio y un grupo de amigos que se reencuentra después de que uno de ellos decidiera quitarse la vida es el punto de partida de una película que comienza con cierto ritmo, toques de humor hiriente y un buen manejo de la tensión atmosférica hasta que desemboca en un psicodrama a modo de terapia colectiva catártica en el que reina la autocomplacencia y los lugares comunes. El director no es capaz de extraer la sutileza suficiente para hablar de algunos de los temas que pululan por el ambiente, como la forma de afrontar el duelo desde diferentes perspectivas (como condena, como alivio,

como pozo de culpa) o la incapacidad para aceptar responsabilidades, el Síndrome de Peter Pan o la inmadurez masculina. A medida que avanza la película, el subrayado dinamitará cualquier posibilidad de frescura y autenticidad, de manera que terminamos asistiendo a una sesión de culebrón de sobremesa de una intensidad impostada y por momentos ridícula.